

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

# LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

## SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

### AGUAS DE BABEN

#### DE CARLSBAD Y DE TOEPLITZ.

Tres ciudades hay en Alemania célebres por las maravillosas virtudes de sus aguas minerales, y son Bade-baden, Carlsbad y Toeplitz. ¿Eres acaso hipochondriaco, gotoso, febroso, asmático ó bien diplomático, artista, cómico ó poeta? Si lo eres encáminate á dichas ciudades luego que los primeros rayos del sol de primavera vienen á iluminar la tierra. Las aguas de Alemania gozan de singulares privilegios: presencian las mayores intrigas, las alianzas entre altas y poderosas familias, y son el punto de reunion del lujo, de la elegancia y de la riqueza.

Con respecto á sus virtudes medicinales, las aguas de Baden merecen la reputacion de que gozan; y sus manantiales tienen diferentes temperaturas, siendo muy elevada la del llamado infernal. El principal manantial, el Usprung, pasa por entre paredes incrustadas de almazarron y de estaláctidas, y por medio de un cañuto se trasmite á la fuente exterior, donde varias mugeres distribuyen el salutífero fluido á cuantos lo desean. Baden figuró en la historia antigua, y en tiempo de Augusto tomó el nombre de *civitas aurelia aquensis*. Durante el siglo VII fué poseida por monges, que la engrandecieron y le dieron cierta importancia; dominada despues por condes paladinos y reyes de Francia, quedó estacionaria, hasta que pasando hace tres siglos á ser patrimonio de los margraves, empezó á estenderse su reputacion en todos los puntos de Europa. Desde esta época hasta 1799, las luchas consecutivas entre la Francia y el imperio de Alemania ensangrentaron repetidas veces sus murallas.

Carlsbad, llamada tambien la reina de las aguas minerales, es una ciudad de Bohemia, distante veinte y seis leguas de Praga, rodeada de bosques y montañas, que contribuyen á variar su delicioso aspecto. Los manantiales de Carlsbad, que forman la riqueza de los 2300 habitantes que contiene, se dice que fueron descubiertos durante una caza del emperador Carlos IV, con ocasion de haber uno de sus perros caido en el agua hirviente. Carlsbad, que los viajeros llaman el salon

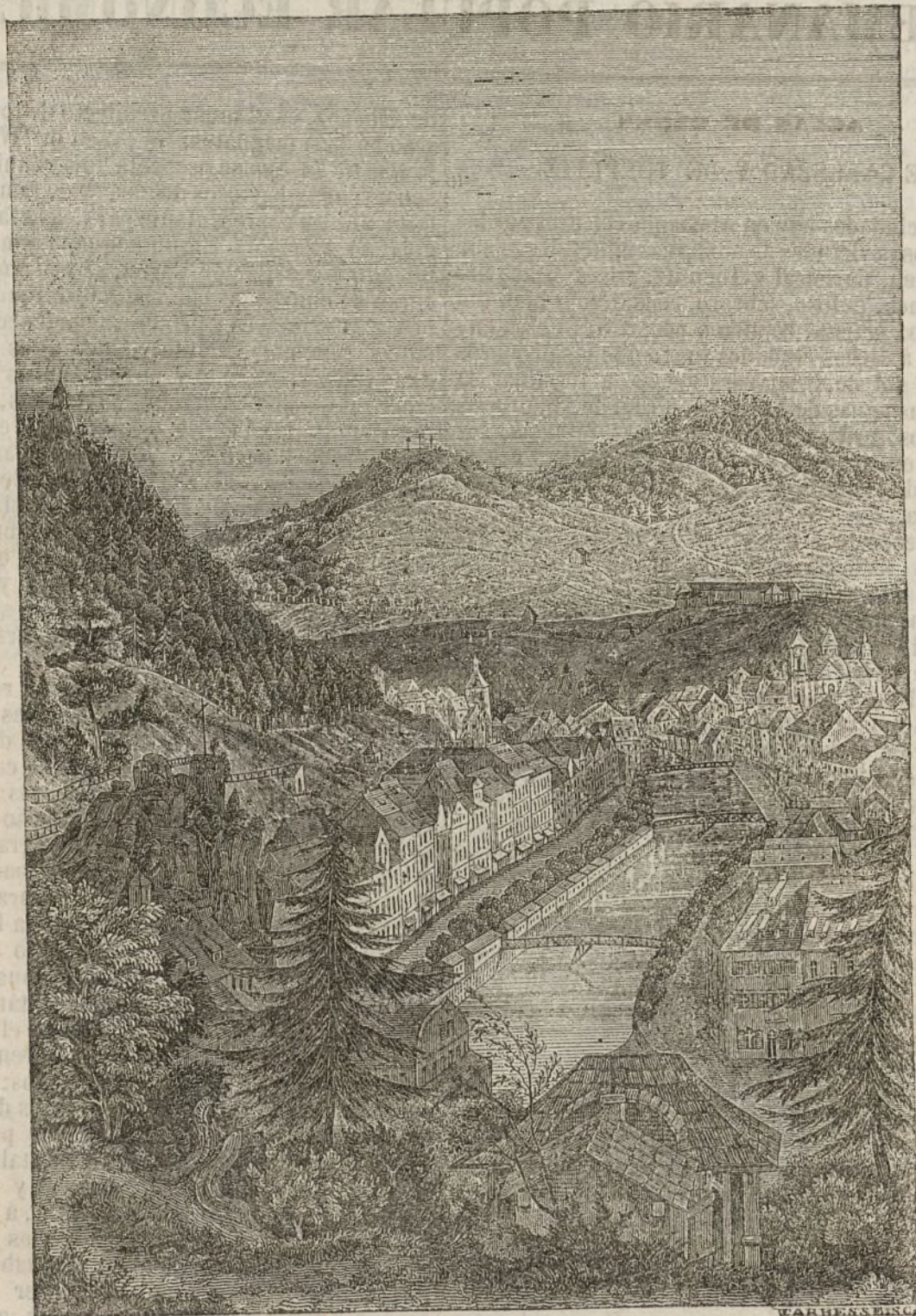
de Europa, es el lugar predilecto de los mas ricos y poderosos magnates; el paseo de Wiese y en el *prater de la Spa* se presenta una reunion de personajes muy curiosos de observar, y entre otros no falta allí un representante para cada familia principal de Alemania. En un pequeño almanaque publicado por el doctor Caron, se lee que durante el curso de cinco años han visitado la ciudad cincuenta y tres príncipes y princesas pertenecientes á familias reinantes, veinte y cinco altos dignatarios de la iglesia, sesenta y siete hombres de Estado, cincuenta y dos generales austriacos, y mas de trescientos mariscales, ministros y embajadores de diferentes naciones. La mayor parte de estos personajes, si se les hubiese de juzgar por sus actos políticos y por la influencia que estos actos ejercen en el destino de los hombres, se afirmaria que padecen del cerebro ó de otras enfermedades semejantes, pero no es así, y casi todos gozan de una salud perfecta, y solo se acuerdan de las aguas minerales para distraerse y esparcirse.

Un camino montuoso y arisco, rodeado por todas partes de castillos y poblaciones, conduce á Toeplitz, cuyos baños se encuentran distribuidos en edificios separados. El Stadtbad contiene tres manantiales calientes que proveen los baños particulares, y especialmente el suntuoso castillo del príncipe de Clary; y los otros dos grandes edificios, situados á la derecha del Stadtbad, sirviendo el uno para los hombres y el otro para las damas. El Menschenbad, baño público para los heridos, es un edificio subterráneo, parecido á una vasta caverna inundada, sostenido por robustas columnas; é iluminado por pequeñas ventanas que comunican con la calle. Rodea todo el edificio un espeso vapor, á través del cual se ven los enfermos, y se oyen sus agudos gritos: asqueroso espectáculo que recuerda los cuadros de *glie anime dell Purgatorio*, colocados por los pobres en las puertas de todas las iglesias de Italia. Toeplitz recibió en 1813 á dos emperadores y á un rey, á un príncipe real, á grandes duques; á margraves, á diplomáticos, y á oficiales de todos los rangos que se creian muy dichosos de haber escapado de las águilas francesas y de poder habitar con tranquilidad en medio de aquellas encantadoras



colinas que ha enriquecido la naturaleza con sus mas preciosos tesoros. Un bajo relieve, colocado en el exterior de la puerta de Stadthad, recuerda que algunos animales sumergidos por casualidad en las aguas de Toeplitz dieron á conocer con sus gritos su existencia y sus virtudes. La ciudad es hermosa, sus calles anchas y bien enlosadas, y

el príncipe de Clary no ahorra gasto alguno para convertir este lugar en digna morada de las testas coronadas. El rey de Prusia y los emperadores de Rusia y Austria han hecho construir en Toeplitz suntuosos palacios para sus personas y ricos hospitales para sus soldados.



Vista de Carlsbad en Bohemia.



## LEYENDAS

### DE LA CONQUISTA DE ESPAÑA.

POR WASHINGTON IRVING.

#### El rey don Rodrigo recibe una embajada extraordinaria.

No estaba tan viciado el corazón de don Rodrigo por los placeres, que no sintiese su alma el grave peso, y su conciencia el continuo torcedor de haber deshonrado á la hermosa cuanto inocente Florinda. La mancha con que había empañado el blason del noble conde don Julian, parecía haber producido la obscura nube que se pintaba en la frente, en otro tiempo tranquila y serena del monarca.

El cielo en esta época, según aseguran los antiguos cronicones españoles, hizo ver por medio de un acontecimiento maravilloso, la justa ira con que el monarca y su pueblo habían de ser castigados por tanta falta: no nos sorprendemos, añaden los mismos escritores ortodoxos, ni nuestra fé vacila en lo más mínimo, cuando encontramos en las páginas de tan respetable y sabia historia, portentos y maravillas que escuden de los límites de la vida común; puesto que las revoluciones de los imperios y la caída de los poderosos reyes, son acontecimientos tan grandes que afectan así al mundo físico como al mundo moral, y en general se anuncian por maravillas anticipadas y prodigiosos augurios. Con esta salvaguardia preliminar comienzan los escrupulosos, pero crédulos historiadores, de la antigüedad, la narración de un sorprendente suceso de profecía y encantamiento, enlazado en la historia antigua con la fortuna de don Rodrigo, pero que los modernos acogerán como una tradición apócrifa de origen arábigo.

Sucedio, pues, según la leyenda, que estando don Rodrigo en la época enunciada sentado un día en el trono, rodeado de sus nobles en la antigua ciudad de Toledo, dos hombres de aspecto venerable entraron en la sala de audiencias. La barba blanca como la nieve les bajaba hasta el pecho, y el cabello gris lo estaba entrelazado con yedra. Llevaban trajes blancos de moda antigua ó extranjera, que les cubrían los pies, y se ceñían con cinturones en los cuales se veían estampados los signos del zodiaco, y de los que pendían enormes manojos de llaves de diversas formas y tamaños. Habiéndose aproximado al trono y hecho la reverencia, «Sabe ¡oh rey! dijo uno de los ancianos, que en los tiempos pasados cuando Hércules de Libia, apellidado el fuerte, plantó sus columnas en el estrecho del océano, erigió una torre cerca de esta antigua ciudad de Toledo. La construyó de una resistencia prodigiosa, y la concluyó por

medio del arte mágico, guardando dentro de ella un terrible secreto que jamás podrá penetrarse sin grandes peligros y desastres. Para conservar este misterio terrible cerró la entrada del edificio con una poderosa puerta de hierro, asegurada con una enorme cerradura de acero. Y dejó la orden de que cada uno de los reyes que le sucediesen, añadiese otra cerradura á la puerta; anunciando destrucción y desgracia á aquel que en cualquier tiempo sorprendiese el secreto de la torre.

La custodia de la puerta fué encomendada á nuestros antecesores, y ha continuado en nuestra familia de generación en generación desde los días de Hércules. Varios reyes de tiempo en tiempo hicieron abrir la puerta é intentaron entrar, pero pagaron muy cara su temeridad. Algunos perecieron en el umbral, otros fueron sorprendidos con horror por tremendos sonidos que hicieron temblar los cimientos de la tierra, y se apresuraron á volver á cerrar la puerta y asegurarla con sus mil llaves. De modo que desde los tiempos de Hércules los parages más escondidos del edificio no los ha penetrado jamás la planta humana, y un profundo misterio reina aun sobre tan grande encantamiento. Esto ¡oh rey! es cuanto tenemos que decir; y nuestra misión se reduce á manifestaros que os dirijais á la torre y le pongais una cerradura á la puerta como han hecho todos vuestros predecesores.» Esto diciendo, los ancianos hicieron una profunda reverencia y salieron de la cámara. (1)

Don Rodrigo permaneció por algún tiempo absorto en sus conjeturas después de la ausencia de aquellos dos hombres: despidió á toda su corte excepto el venerable Urbino, arzobispo de Toledo en aquel tiempo. La larga y blanca barba de aquel prelado anunciaba su avanzada edad, y sus prolongadas cejas, le daban la apariencia de un sabio consejero.

«¡Padre, le dijo el rey, tengo un deseo ardiente de penetrar el misterio de esa torre. El digno prelado hizo un movimiento de desaprobación con la cabeza: guardaos, hijo mío, dijo, allí hay secretos prohibidos á los hombres para su bien. Vuestros predecesores por muchas generaciones han respetado este misterio y han aumentado su reino y su poder. El conocimiento de él por lo tanto no es indispensable al bien estar de vuestros pueblos. No trateis de satisfacer una vana y temeraria curiosidad que está contrarestando por tan terribles amenazas.»

«¿Qué me importan, exclamó el rey las amenazas de Hércules el de Libia? ¿no era pagano? pueden sus encantamientos vencer á un creyente de nuestra santa fé? Indudablemente en esa torre se conservan tesoros de oro y pedrería acumulados en los tiempos antiguos; tal vez despojos de

(1) Pérdida de España por Abul Casin Tarif Abentarique lib. 4. cap. 6. Crónica del rey don Rodrigo por el moro, Rases. lib. 4. cap. 4. Bleda, crónica. cap. VII.



poderosos reyes, riquezas del mundo pagano. Mis arcas están exhaustas, necesito recursos, y seguramente será muy digno á los ojos del cielo el sustener esas riquezas que yacen enterradas bajo una magia profana y nigromántica para consagrarlas á objetos religiosos.

El venerable arzobispo trató aun de disuadirlo, pero don Rodrigo desoyó tan sábios consejos porque le deslumbraba su fatal estrella. «Padre, dijo, son vanos vuestros esfuerzos para hacerme variar de propósito. Mañana descubriré el oculto misterio ó mas bien los tesoros ocultos de esa torre.

### Historia de la Torre Encantada y maravillosa.

Los primeros rayos del sol iluminaban apenas las cúpulas de las torres toledanas, cuando el rey don Rodrigo salía por las puertas de la ciudad, á la cabeza de una numerosa comitiva de cortesanos y caballeros y atravesaba el puente que abraza el profundo y pedregoso lecho del Tajo. La brillante cabalgada se dirigía por la senda que atraviesa las montañas, y pronto se halló á la vista de la torre Nigromántica. Los árabes, así como los cronistas españoles han comentado de mil maneras las maravillas de este célebre edificio; «y dudo mucho, añade el venerable Agpaida, que la mayor parte de los lectores no consideren el todo de esta historia como una fábula ingeniosa, producto de alguna imaginación oriental; sin embargo, no es á mí á quien corresponde negar un hecho, citado por todos los grandes escritores, que son, por decirlo así, los padres de nuestra historia nacional; y que además está tan probado como la mayor parte de los acontecimientos notables de la historia de don Rodrigo. Solamente las almas débiles é inconsideradas, dice el buen fraile, rehúsan la creencia de lo maravilloso. Para la parte sensata de la sociedad, el mundo está envuelto en un misterio y cuanto vemos está lleno de hechizos y portentos. Habrá algunos para quienes la torre nigromántica aparezca como uno de aquellos monumentos sorprendentes de la antigüedad; uno de aquellos edificios egipcios ó caldeos, rodeados de secreta sabiduría y profecía mística y que fueron inventados en los primeros siglos, cuando el hombre gozaba todavía de la comunicación directa con los espíritus celestes y sobrenaturales y cuando la inteligencia humana tenía algo de adivina y profética.»

Esta torre singular, era, pues, de figura cilíndrica y de una altura inmensa; estaba construida sobre una roca elevada, á la que rodeaban escarpadas eminencias y profundos precipicios. Sostenían sus cimientos, cuatro leones de bronce de la altura de un hombre á caballo. Los muros estaban formados de pequeños pedazos de jaspe y marmol, de diferentes colores, cuyo tamaño no escudía del de la mano de un hombre. Sin embargo estaban unidos de tal manera que á no ser por la diversi-

dad de los colores, se hubiera creído que era una sola y misma piedra. A mas de esto se hallaban colocados en disposición tan ingeniosa que representaban batallas y hazañas guerreras de tiempos y héroes pasados; por último la superficie total del edificio estaba tan admirablemente pulimentada que las piedras brillaban como espejos, refractando los rayos del sol con fuerza tal que cegaba la vista del espectador. (1)

Con tanta admiración como sorpresa llegaron el rey don Rodrigo y su comitiva al pie del monumento. Un arco estrecho abierto en la piedra viva, servía de única entrada á la torre; lo cerraba una puerta de hierro macizo, cubierta de infinitas y enmohecidas cerraduras de diversas formas y segun la de diferentes siglos, las cuales habían sido mandadas poner por los predecesores de don Rodrigo. A cada lado de la puerta, estaban de pie los dos ancianos guardianes de la torre, cargados con las llaves pertenecientes á las cerraduras.

El rey se apeó y aproximándose á la puerta, mandó á los guardianes que la abriesen. Ah! exclamaron estos: ¿Qué es lo que exigis de nosotros? ¿Quereis conocer los males que encierra esta torre encantada y que salgan de ella para conmover los cimientos de la tierra?

El venerable arzobispo Urbino por su parte tambien le suplicó que no tratase de descubrir un misterio que habia permanecido sagrado de generación en generación, cuanto la memoria de los hombres podia recordar, y que el mismo César cuando imperó en España, no se atrevió á sorprender. No obstante, los jóvenes de la comitiva, ansiosos de emprender tan singular aventura le animaban á satisfacer su curiosidad.

«Suceda lo que quiera, exclamó don Rodrigo, estoy resuelto á penetrar el misterio de esta torre.» y diciendo esto, volvió á mandar á los guardianes que franqueasen la entrada. Los ancianos obedecieron medrosos y aterrados; la edad hacia temblar sus manos, y cuando aplicaron las llaves á las cerraduras, estas, bien porque estaban enmohecidas por el tiempo, ó porque fuesen de construcción extraña y complicada, resistieron á sus débiles esfuerzos; entonces los caballeros mas jóvenes se adelantaron y fueron en su ayuda. Sin embargo, las cerraduras eran tan numerosas y oponían tal resistencia que, apesar de todos sus esfuerzos, pasó la mayor parte del día antes de que pudiesen abrirlas todas.

Cuando se dió la vuelta á la última llave, los guardianes y el arzobispo volvieron á aconsejar al rey que se detuviese y reflexionase bien lo que iba á hacer. «Sea lo que quiera lo que haya dentro de esta torre, le dijeron, es dudoso todavía y yace bajo un terrible encanto; no os aventureis, señor, á abrir una puerta que puede inundar al

(1) Segun la concisa relación que hace el padre Agpaida, sacada de las crónicas antiguas, parece que los muros de la torre eran de obra mosaica.



pais con un diluvio de males.» Pero la ansiedad del rey llegó al extremo y mandó que en el momento se abriesen de par en par las puertas. En vano, sin embargo, uno tras otro ejerció sus fuerzas, y en vano los caballeros aplicaban sus hombros; aunque no quedaba ya barra por soltar ni cerradura por abrir, la puerta permanecía completamente ininóvil.

Agotada ya la paciencia del rey, se adelantó él mismo para apoyar su mano: y apenas sus dedos tocaron á la puerta, ambas hojas á un tiempo comenzaron á abrirse muy despacio, produciendo un sonido bastante duro y desapacible al girar en sus goznes; un viento frio y húmedo salió del edificio acompañado de un ruido tempestuoso. Los corazones de los antiguos guardianes latieron con violencia y sus rodillas chocaron unas con otras; pero algunos de los caballeros mas jóvenes de la comitiva entraron ansiosos de satisfacer su curiosidad, ó de distinguirse en empresa tan arriesgada. No adelantaron sin embargo muchos pasos, cuando se volvieron apresuradamente sobrecojidos por lo enfermizo del aire, ó por la presencia de una terrible vision (1).

Al ver esto, mandó el rey que se encendiesen hachas, tanto para disipar la obscuridad, como para purificar en lo posible aquel aire nocivo y por tanto tiempo encerrado; hecho lo cual se adelantó hacia el interior, y aunque con ánimo resuelto no dejaba de hallarse temeroso y conmovido.

Después de andar un corto trecho entró en una sala, ó antecámara, en cuyo lado opuesto habia una puerta, delante de la cual y sobre un pedestal estaba de pie una figura gigantesca de color bronceado y con aspecto terrible. Suspendia con ambas manos una maza que agitaba sin cesar dando terribles y estrepitosos golpes en el suelo como para impedir la entrada al interior.

El rey se detuvo á la vista de tan imponente figura; porque no podía definir, si era un ser viviente ó una estatua de mágico artificio. Tenia en el pecho un pergamino, en el cual se leia en letras grandes «hago mi deber.» (2) Pasados algunos instantes tomó aliento Rodrigo y le dirigió con solemnidad estas palabras «quien quiera que seas, sabe que no vengo á violar este santuario, sino á penetrarme de los misterios que contiene; por tanto, te mando que me dejes pasar con seguridad.»

Al decir esto, la figura abatió la maza, y el rey y su comitiva pasaron por la puerta sin ser ofendidos. Entraron en seguida en una anchurosa cámara, de tan rara y suntuosa arquitectura, que seria difícil su descripción. Las paredes estaban incrustadas con piedras preciosas, y tan perfectamente unidas que formaban una superficie plana. La techumbre esférica parecia hallarse sostenida por sí misma, y estaba decorada con piedras, brillantes

como las estrellas del cielo. No se descubrían en todo el aposento, maderas, ni otras materias de uso comun. No se veían ni ventanas ni claraboyas que permitiesen la entrada á la luz del dia, y sin embargo estaba todo inundado de una claridad brillante que parecia brotar de las paredes y hacia distintamente visibles cada uno de los objetos.

En el medio de esta pieza, habia una mesa de alabastro, de construccion rarísima, en la cual estaba escrito en caracteres griegos, que Hércules Alcides, el griego Tebano, habia fundado aquella torre en el año del mundo tres mil y seis. Sobre la mesa habia una caja de oro, ricamente engastada en piedras preciosas, asegurada con una cerradura de perlas y en cuya cubierta se leia la inscripcion siguiente:

«En este cofre se encierra el misterio de la torre. Ninguna otra mano, sino la de un rey puede abrirlo; pero guárdese de hacerlo; porque le serán revelados acontecimientos maravillosos, que deberán realizarse antes de su muerte.»

El rey Rodrigo asió de la caja valerosamente. El venerable arzobispo le detuvo el brazo y le hizo la última advertencia. «Detente, hijo mio, le dijo, desiste, que aun es tiempo. No intentes saber los secretos misteriosos de la Providencia! Dios por su infinita piedad los ha ocultado de nuestra vista, y es un acto impio el rasgar el velo que los cubre!!» «Qué debo temer del conocimiento del porvenir? replicó Rodrigo, con un tono de altiva presuncion, si el *bien* está destinado para mi, lo gozaré con anticipacion; y si el *mal*, me armaré para salirle al encuentro.» Y acabando de decir esto, rompió la cerradura de la caja.

Dentro de ella, no habia mas que un pedazo de lienzo, doblado entre dos planchas de cobre. Al desliarlo vió estampadas en él varias figuras de hombres á caballo, de aspecto feroz, vestidos con turbantes y ropages de varios colores, segun las costumbres de los árabes, con cimitarras colgadas de la cintura y ballestas pendientes de las traseras de las sillas; todos llevaban banderas y pendones de diferentes divisas. Encima de estos grupos habia escrito en caracteres griegos: «monarca temerario! considera á los hombres que han de arrojarte de tu trono y subyugar tu reino.»

Al ver esto, se turbó el rey y el desaliento cundió entre todos los de su comitiva. Estando aun considerando las pinturas, pareció como que las figuras comenzaban á moverse, y que un débil sonido de tumulto guerrero se alzaba de entre los pliegues del lienzo, acompañado de los ecos de la música y del toque de las cornetas, de los relinchos de los caballos y del choque de las armas; pero todo esto se oia confusamente, como si estuviese á gran distancia ó á la manera que lo sentimos en una pesadilla ó ensueño. Cuanto mas atencion prestaban mas claramente se distinguía el movimiento de las figuras y mas se aproximaba el ruido; al cabo el lienzo empezó á ensancharse

(1) Bleda, crónica, cap. 7.

(2) Bleda, crónica, cap. 7.



á dilatarse en términos que trasformándose en una colosal bandera cubrió un lienzo de pared, pasó la techumbre del aposento y se perdió en los aires, hasta que sus límites se hicieron enteramente invisibles y mas bien parecia una nube trasparente. Todas las figuras se pusieron en movimiento y el ruido y el desórden se hacian cada vez mas terribles, si el todo de aquel cuadro era una pintura animada, ó una vision, ó una legion de espíritus endiablados conjurados por algun poder sobrenatural, ninguno de los circunstantes pudo definirlo. Se desplegó ante ellos un inmenso campo de batalla en que los cristianos y los musulmanes estaban empeñados en una fiera lucha. Percibian distintamente los relinchos de los caballos, el sonido de los clarines y trompetas, y el tempestuoso ruido de mil tambores. Allí se confundian el choque de las espadas, de las mazas y hachas de armas con el silbido de las flechas. Los cristianos retrocedieron en presenciadel enemigo, los infieles cayeron sobre ellos con fiereza hasta ponerlos en completa derrota; el estandarte de la cruz fué abatido, y la bandera española humillada: el aire resonaba con gritos de triunfo, con imprecaciones de furor y con los lamentos de los moribundos.

En medio de los dispersos escuadrones, el rey Rodrigo estaba representado como un guerrero coronado, cuya espalda estaba vuelta á los espectadores; pero cuya armadura y divisa eran las del mismo rey; y montaba un caballo blanco, muy semejante á su caballo de batalla, Orelia. En la confusion de la fuga, el guerrero se apeó y no se le volvió á ver mas, en tanto que Orelia galopaba libremente por el campo de batalla, sin ginete.

Rodrigo no pudo permanecer allí por mas tiempo: salió de la cámara fatal, seguido de sus amedrentados cortesanos; atravesaron rápidamente la antecámara donde aquella figura gigantesca que agitaba la maza, habia desaparecido de su pedestal; al salir al aire libre, hallaron á los dos ancianos guardianes de la torre tendidos en el suelo, muertos á impulsos al parecer de algun golpe terrible. La naturaleza toda que antes se mostró tan serena y clara, se hallaba entonces en terrible desórden. Los cielos estaban ennegrecidos por espesas nubes, el estampido del trueno henchia los aires y la tierra estaba inundada de lluvia y granizo.

El rey mandó que se cerrasen las puertas de hierro; pero fué imposible, y los caballeros estaban desalentados por el horrisono tumulto y los lamentos que aun resonaban dentro del edificio. El rey y su comitiva, volvieron apresuradamente á Toledo perseguidos y acosados por la tempestad. Las montañas temblaban y repetian el sacudimiento del trueno, los árboles se desgajaban y arrancaban sus raices de la tierra embravecida, y el Tajo se encrespaba y salia de sus márgenes. Tal vez creian los asustados caballeros que las

legiones de fantasmas de la torre habian salido de ella para confundirse con la tormenta; porque entre el bramido del trueno y el silbido de los vientos, se les figuraba oír el ruido de los tambores y trompetas, el choque de las armas y el relincho de los caballos. De esta manera azotados por la tempestad y sobrecogidos de horror llegaron á Toledo el rey y sus cortesanos, atropellándose al atravesar el puente del Tajo y entrando por las puertas de la ciudad en completo desórden, como si hubiesen sido perseguidos por algun enemigo. A la mañana siguiente el cielo volvió á aparecer sereno, y toda la naturaleza habia vuelto á su tranquilidad. El rey por lo tanto salió con sus caballeros y volvió á tomar la ruta de la torre, seguido de una inmensa multitud, porque deseaba ardientemente cerrar las puertas de hierro, é impedir que saliesen los males que amenazaban destruir al pais. Pero al descubrir la torre otro nuevo portento se ofreció á sus ojos. Un águila apareció en los aires, que figuraba bajar del cielo. Llevaba en el pico una rama encendida que depositó en la cúspide de la torre, agitando el fuego con sus alas. A poco rato el edificio todo se incendió como si hubiese estado construido con resina, y las llamas se alzaban en el espacio con una luz mas brillante que la del sol; no dejaron de lucir hasta que la última piedra se consumió y se redujo aquella mole inmensa á un monton de cenizas. Entonces vino una numerosa bandada de pájaros negros y pequeños, cubriendo el cielo, como una nube, y descendieron formando circulos al rededor de las cenizas, haciendo con sus alas tan impetuoso viento, que todo el monton desapareció como por encanto, y las cenizas se esparcieron por toda España, produciendo una mancha de sangre donde quiera que cayó una partícula de ellas. Los antiguos y los escritores de los tiempos pasados, recuerdan mas de una vez, que todos aquellos en quienes cayó algun átomo de dichos escombros murieron despues en los campos de batalla cuando el pais fué conquistado por los árabes; y que la destruccion de la torre nigromántica, fué una señal ó pronóstico de la próxima pérdida de España. «Los que duden, concluye el citado padre Agpaida, de la verdad de este maravilloso acontecimiento, pueden consultar esos admirables manantiales de nuestra historia, la crónica del moro Rasis, y la obra titulada: Pérdida de España escrita por el moro Abulcasin Tarif. Abentarique. Tambien si lo desean, pueden comprobarlo con el respetable historiador Bleda y otra multitud de escritores católicos españoles que han tratado este asunto; por lo tanto verán, que yo no he aumentado nada á lo que ha sido impreso y publicado bajo la inmediata inspeccion y sancion de nuestra santa madre iglesia. Dios solamente sabe la verdad de estas cosas; yo no digo sino lo que se me ha trasmitido de los tiempos pasados.»



# ANTIGUA TESTA DE APOLO,

## LLAMADA EL APOLO GIUSTINIANI.

Esta testa, que era la mayor preciosidad de la galeria Giustiniani, y que es conocida en toda Europa bajo el nombre de Apolo de Giustiniani, adorna actualmente el gabinete del conde Pourtalés. Parece que los romanos no conservaban ya la estatua entera, y si sola la cabeza, cuyo mérito apreciaron esponiéndola en un santuario á la admiracion de los artistas y al culto de los creyentes. Otro ejemplo de este uso nos recuerda la soberbia cabeza de Esculapio encontrada en Milon y conservada actualmente en el Museo Blacas; la cual habiendo pertenecido primeramente á una estatua entera, fué mas tarde, aunque simple fragmento, colocada como objeto precioso respecto al arte en una capilla de Esculapio, acompañándola una inscripcion que la designaba como un don votivo y que revelaba al mismo tiempo el nombre de la divinidad y el del donador. Es muy probable que se hiciese lo mismo con la testa del Apolo

Giustiniani, pues ningun fragmento se ha hallado perteneciente á la estatua, y el corte de su cuello se opone evidentemente á que fuese un busto.

Si se atiende á la inflexion y á lo torcido del cuello, dice Mr. Panofka, no menos que á la direccion de los ojos, es lícito afirmar que la estatua estaba sentada. Su pérdida es tanto mas sensible, cuanto que la cabeza es de un estilo muy poco comun entre los numerosos monumentos que del arte griego conservamos, sin que por eso sea mas fácil el asignar la época á que pertenece. Con menos trabajo podremos reconocer en ella la nobleza de la espresion, la grandiosidad, la magestad de la fisonomia, y la habilidad del cincel que la dió un carácter á la vez original y bello. Los cabellos conservan evidentes restos de coloracion, lo que nos hace presumir que el tiempo ha borrado un colorido ligero y fugitivo que habria sido aplicado sobre sus carnes; así es que si el escultor ha dado un carácter tan pronunciado á las cejas y á los grandes contornos, debemos creer que el color dulcificaba los ángulos, y modificaba los diferentes planos por medio de una capa blanquizca, cuyo tono y espesor corregiria la aspereza del cincel.



Antigua testa de Apolo.





Fiacre portugués.

## FIACRE ANTIGUO.

El fiacre antiguo era como nuestro grabado representa, un carruaje de dos ruedas y tirado por dos mulas: por delante estaba defendido con una cortina de cuero, débil escudo del frío y de la lluvia: pero que se descorría para que penetrasen en el buen tiempo los rayos del sol. Distinguíanse estos coches de alquiler, que era preciso avisar con un día de anticipación, de los de los señores particulares, en la brillantez de los colores con que estaban pintadas las cajas de los segundos, y en la limpieza de los atalages. Las mulas de los primeros no demostraban gran robustez y solo disfrutaban de buena presencia en los meses de febrero y marzo, cuando se alimentaban con verde. El resto del año era la paja su único alimento, y esto sin duda era una de las causas que mas poderosamente contribuían á infundirles cierta apariencia de filosófica resignación y sufrimiento. Por fortuna ya han desaparecido estas antiquísimas, máquinas y las no menos respetables llamadas de pechera, sustituidas por berlinas, carretelas y coches, que aunque verdaderos simones aun, tienen á lo menos sobre los antiguos la ventaja de no llevar montado en la mula al cochero y si ascendido á la altura del pescante.

Una observación nos ocurre y que no queremos se nos quede en el tintero antes de terminar estas líneas, y es acerca del progreso aunque len-

to que sobre este particular observamos de algunos años á esta parte.

En vez de aquellos coches de pechera, en que iba el cochero caballero sobre una mula á quien mortificaba llevándola con el pescuezo torcido y con un palmo de lengua de fuera; y el lacayo asido de los tirantes y bailando al blando son y al movimiento de las sopandas, han sustituido ya berlinas y carretelas un poco mas decentes y ligeras, montadas sobre muelles y con asientos cómodos para el lacayo y cochero. Esto no es bastante aun; aun estamos muy atrasados en este punto comparado con otros; pero bueno es empezar, y creemos que siguiendo este progresivo impulso, no está quizás lejano el día en que veamos desaparecer estos pesados carruages sustituidos á su vez por aéreas citadinas y cabriolés, que á la par que reportarán economía en el servicio, nos elevarán á la altura que tiene este punto en otros países.

Por lo que hace al calesin y la carretela de campanillas, nada podemos decir, porque ni progresarán en su forma, ni desaparecerán mientras haya en España corridas de toros y manolas sandungueras.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE DON FRANCISCO DE P. M.—EDITOR,

calle del Sordo, núm. 11.